



AMISTAD VERSUS SOLEDAD EN LA VIDA COMUNITARIA

Fr. Alberto Escallada, OP

Salamanca

0. Plan

Opto, a la vista del conjunto de desarrollos entre los que éste se inserta y dada la breve extensión que se le asigna, por proponer unos cuantos puntos de reflexión sugeridos por el que me corresponde abordar. El tema quedará así - espero- al menos en parte, delimitado, cercado, para percibir lo que puede favorecer u obstaculizar la vida comunitaria. Un discurso que intentase ser en sí mismo secuenciado y conexo, a mi modo de ver se vería obligado: *ante todo*, a resultar largo y prolijo, aun prescindiendo de matizaciones y detalles que deberían ser, sin embargo, poco menos que ineludibles; y *además*, a incidir inevitablemente y de forma reiterada en aspectos tocados por alguno de los estudios presentes, e incluso -y quizá sobre todo- a remitir constantemente a otro trabajo mío publicado no hace mucho¹, y del que éste viene a ser continuación. Por lo demás, nuestro tiempo está poco menos que ahído de exposiciones cortas, medianas y largas con contenidos muy cercanos al nuestro.

Digo que continúo aquí el estudio a que me he referido, aun siendo consciente de una contextualización distinta. Allí se trataba de la construcción *espiritual* de la comunidad, pero que, como allí decíamos, es un proyecto imposible si no se atienden los presupuestos humanos (psicológicos y sociológicos, fundamentalmente) que lo hacen viable. Uno de los cuales, el más denso y difuso desde el punto de vista humano, es el mundo de los afectos, entre los cuales se asienta, con tanto o más derecho que cualquiera otro, el de la amistad.

1. Ver «La construcción de la comunidad como experiencia espiritual» en FERNANDO VELA LÓPEZ (Dr.) *Atentos a los giros del mundo. Un programa de formación permanente* (Salamanca 2006) 373-390. También en “Ciencia Tomista” 133 (2006) 141-156.



Probablemente es innecesario advertir que cuanto sigue está circunscrito al concreto ámbito de la vida común dominicana, con la precisión que hacíamos en nuestro texto aludido². E insisto, sólo será posible tocar muy periféricamente este ambicioso asunto.

1. El ser humano, a un mismo tiempo solitario y solidario

La denominación de este epígrafe trata y resume una de tantas paradojas como constituyen al ser humano, asaeteado (o acariciado, ¡vaya usted a saber!) por ellas de mil formas. La soledad es el ‘peso de la púrpura’ de la personalidad. Ésta hace del hombre un ser único, irrepetible y del todo singular³. Y por esto mismo, un ser, en lo profundo, inevitablemente solo⁴. Es lo primero que hemos de reconocer y afirmar en una consideración, llamémosla, estática y metafísica acerca del hombre. No estamos afirmando que, por estar solo, no haya nada más que el ser humano. Para cada uno hay infinitas cosas (sean éstas inanimadas, animadas y, entre éstas, personas): todo un universo. Pero en lo más íntimo de la vida personal, donde la realidad propiamente humana es verdaderamente radical, cada uno está solo con ellas, es decir, está *con* las cosas, pero *solo*. Al mismo tiempo, en un plano o nivel no tan íntimo y profundo, un poco más “desde fuera”, por el hecho de vivir *con* otras personas ya no se está en soledad.

En perspectiva no menos real pero dinámica o funcional, a ese mismo ser se le impone, también radicalmente, como tarea, el vencer la separatividad⁵, restablecer ciertas uniones, y por tanto la alteridad de los otros, y el ansia y el afán de compañía, y en consecuencia, la sociabilidad, solidaridad, vida de relación o como queramos llamarlo. Tan esencial para su realización como ser humano es lo uno como lo otro. No es cierto que *l'enfer c'est les autres*. Más bien *l'enfer c'est le moi seul*, o, mejor aún y sobre todo, *le moi isolé*. «Soledad radical, radical y exigente abertura a cuanto no soy yo, y más cuando ese no-yo son los otros seres humanos: esto es mi vida (...). Vivir humanamente es según esto la empresa constante e inacabable de ir llenando la propia soledad

2. «La construcción...», p. 143.

3.. Rationalis naturae *individua* substantia (Boecio), la persona se define por la individualidad.

4. Magníficamente lo expresa Guardini: «Y si algún día veo claramente que, *en el fondo, todos estamos solos* en nuestra angustia y que debemos superarla sin ayuda de nadie y que, *en lo más profundo*, nadie puede ayudar a su semejante...»: *Via Crucis* (Madrid 1954) 51. Por lo demás, *toda* la Creación rodeaba al hombre cuando Yahvéh se dijo, ¡y lo entendemos perfectamente!: «No es bueno que el hombre esté *solo*...» (Gen 2, 18). Sólo la presencia del que es «interior íntimo meo et superior summo meo» (AGUSTÍN, *Conf.* L. III, c. 6, 11) puede superar *esa* soledad.

5. Cf. ERICH FROMM, *El Arte de amar*. Dirá C. S. LEWIS: “...as soon as we are fully conscience we discover loneliness. We need others physically, emotionally, intellectually; we need them if we are to know anything, even ourselves”: *The four loves*



personal con la compañía que ofrecen las cosas y las personas a que uno se halla abierto y de que uno se halla rodeado»⁶

Algo tiene que decir, y más temporalmente próximo a nosotros, la constatación sociológica. Esto ya no son elucubraciones de ninguna clase: son hechos, a los que no se sustrae tampoco la vida comunitaria, y que habrá que valorar por su mayor o menor incidencia, del modo que sea, en el campo que contemplamos. En España, un 27% de la población infantil llega a sentir soledad en casa. Las grandes ciudades están llenas de solitarios. Crece el número de viviendas ocupadas por una sola persona y el trato físico se sustituye por internet. Con éste, crece la conexión y hasta una cierta implicación interhumana, pero no los compromisos fuertes ni los entrañamientos hondos. Se trata con gran número de individuos o entidades para degustarlos fragmentariamente en los aspectos que complacen, divierten o interesan. Pero en el fondo, está el ser humano de hoy más solo que la una, casi a cualquier hora y ya sea pobre o rico, sano o enfermo. La soledad en la epidemia, la peste, del s. XXI.

2. Matización retrospectiva: sobre nuestro título

Surge de forma inmediata la pregunta acerca de si está cabalmente utilizado el *versus*⁷ en nuestro título. Usado y entendido aquí en sentido contendiente, el interrogante que nos hacemos es si amistad y soledad efectivamente se oponen, y cuál es la calidad y el alcance de esa oposición. Lo cual nos lleva como de la mano a la distinción entre nexos y vínculos (permítaseme el distinguo vocabular). Cualquier clase de nexo interóntico -mucho más si es interpersonal- es suficiente para llegar a la cota de *compañía*, y por tanto acabar con la soledad. Pero mientras no se llega al vínculo ("lazo" lo llamaría Saint-Exupéry⁸) no se ha alcanzado la amistad. Así pues, si hay amistad no puede haber soledad; pero la aniquilación de ésta no arguye aún la existencia de aquélla. Con sólo nexos se resuelve y destruye la soledad, pero la amistad requiere vínculos. Y ningún vínculo podrá llegar hasta lo íntimo -lo exclusivo- de cada ser humano. Amistad y soledad sólo son, pues, relativamente opuestas.

6. P. LAÍN ENTRALGO, *Teoría y realidad del otro*, I (Madrid 1968) 284.

7. El *Diccionario panhispánico de dudas*, informa de que «esta preposición, que en latín significaba 'hacia', adquirió en el lenguaje jurídico inglés, ya en el siglo xv, el valor de 'contra', y con este sentido se usa frecuentemente en el español de hoy [...]. Aunque no es censurable su empleo -pues palabras españolas como *adversario*, procedentes en latín de la misma raíz que *versus*, presentan el rasgo semántico de confrontación-, se recomienda sustituir este latinismo anglicado por la preposición española *contra* o por la locución preposicional *frente a*».

8. Es el término utilizado en su siempre sugerente obra *El principito*



De lo dicho se sigue que siempre será posible suponer que no se vive en soledad aunque se desconozca la amistad. En el fondo, es cuestión de niveles.

3. Solitudo, solidade, saudade, soledad

Además del planteamiento metafísico que hacíamos hace un momento para la situación de soledad, nos es posible también otra perspectiva más próximamente ceñida a lo palpable de -y desde- las etapas de la vida humana. El proceso de crecimiento, a partir de las primeras fases de la existencia del hombre viene determinado por sucesivos momentos de distanciamiento, de separación, de ruptura. Ante todo, de la simbiosis con la madre; después, del mundo mágico de la infancia; luego, del resto del entorno, percibido por lo general como crecientemente hostil. Todo ello, por tanto, a través de experiencias de sucesivas faltas de protección, contra las que el ser humano, como parapeto, va ejerciendo su actividad intelectual: pero bien entendido que “pensar” conlleva un riesgo: va haciendo al hombre cada vez más consciente del veloz paso del tiempo, de su fugacidad, o lo que es lo mismo, de la muerte potencial inherente a todo acto discursivo⁹. En el horizonte remoto de toda vida humana, en su infancia, queda algo del recuerdo de un paraíso; y, por lo mismo, la tácita convicción de que a su naturaleza le corresponde un destierro, una radical soledad. Se muere de saudade, de soledad, que es expresión biológica del anhelo de un paraíso sin muerte¹⁰.

4. ¿Soledad o soledades?

No sé si la idea del poema de Lope es aludir a algo más que a la pluralidad numérica de los momentos de soledad¹¹. Pero es verdad en todo caso que hay diversidad de “soledades”. Las descubre espontáneamente el sentido común y las ha estudiado la psicología. Tres suelen ser las modalidades de soledad: Una, querida, la del que ha querido y podido encontrar la soledad, que disfruta de ese hueco cuando a ratos, voluptuosamente, se escoge; y dos, no queridas: la del que no ha podido dejar de estar solo y la del que ha perdido

9. Las posibilidades de dominio del mundo que se abren a la inteligencia arraigan precisamente en el duro aprendizaje de la propia invalidez ante el paso del tiempo, o sea, ante la realidad de la muerte. La finitud de la vida humana no aparece, pues, ante la conciencia sólo como algo que se es capaz de imaginar que ocurrirá al final, sino emergiendo constantemente en el centro mismo de la existencia.

10. Hemos preferido el vocablo galaico-portugués en homenaje a Rof Carballo, a quien tanto debemos en el análisis de sentimientos a un mismo tiempo hondamente presentes en el *anima galaica* y que son categorías sencillamente humanas, y por tanto universales.

11. Hablo del primer verso del primer poema de la ‘acción en prosa’ *La Dorotea*, «A mis soledades voy...».



la compañía. Soledad angustiosa (tan frecuente hoy), soledad fecunda del hombre de Dios, soledad en la masa... etc.

Se ha hablado también en la Orden de una *soledad vacía* (CP 264-1) o *llena de Dios* y de preocupación...(CP 264-3); de una *soledad destructiva* (CC 217). No es difícil dotar a cada una de ellas de contenido, ni incluso acrecentar el inventario.

5. Añagazas sobre la soledad

Entiendo por tales algunas artimañas autoengañosas que se suelen asumir, en diversos terrenos, para acallar la mala conciencia, que, también por una u otra razón, surge respecto a la soledad misma o a asuntos en los que ella anda implicada. Creo que todas las que cito -como tantas y tantas como me pasarán por alto por inadvertencia, descuido o porque por necesidad se ha de ser incompleto- merece la pena que sean tenidas en cuenta.

5.1. “Altezza non tollera vicinanza”¹²

¿Rebasa este lema el estéril deseo de situarse, apelando a una pomposa salida que intenta ser “digna”, por encima de la soledad como vacío, como carencia y oquedad,? ¿Hay alguna ‘altezza’, del tipo que sea, que merezca la pena obtenerse al precio de la soledad? La respuesta positiva a estos interrogantes, a mi modo de ver, argüiría irreflexión, ligereza, trivialización y supino desconocimiento de las raíces y las secuelas del asunto que se debate.

5.2. “Vale más estar solo que mal acompañado”

Como *fórmula*, ésta no dice más que lo que diría la inversa: “más vale estar mal acompañado que sólo”. Y *la realidad* hace prevalecer absolutamente la verdad de ésta sobre la de aquélla. ¿Mal acompañado, quizá, al aburrirse con alguien? Nada más grato, me decía hace bastantes años un compañero, que aburrirse “en compañía de un amigo”. ¿Aburrirse porque apenas hay nada que decir? Es, más bien, sabio aquello de “the best friends are those who know how to keep the same silence”.

12. Me refiero al ex-libris de Giovanni Papini, en el que figura un basilisco sobre una rama y rodeado de la leyenda que transcribo en este título. Pero, como puede comprenderse, no intento sólo enjuiciar la etiqueta del escritor italiano, sino la idea en ella expresada. También en nuestros textos capitulares se habla de esto.



Al margen de cualquier tipo de valoración sobre la obra que cito a continuación, me viene a la mente sólo su precioso título que sintetiza “el caso” del Maestro, Jesús de Nazareth a este respecto, y descriptivo de su vida: *Jesús en mala compañía*¹³. Jesús, que “busca a menudo el silencio de la soledad y de la noche para orar” (nota de Biblia de Jerusalén a Mt 14, 23), que vive treinta años de vida oculta, cuando comienza su tarea mesiánica vive *con, entre, para* la gente..., preferentemente, digamos, “de mal vivir”. Y frente a representantes del templo y de los ritos de la época, privilegió con su trato a los estratos más bajos. Mostró predilección por los pobres, y aún por los grupos más dudosos: vagabundos, herejes, revolucionarios, fanáticos, discriminados, fugitivos, incluso neuróticos, histéricos, locos, asociales, prostitutas, analfabetos y mal educados. Efectivamente, se pasó la vida “mal acompañado” (o “en malas compañías”), y, desde luego, lo prefirió a “estar solo”. Por cierto: algo también propio del celo apostólico dominicano.

5.3. “¡Qué solos se quedan los muertos!”

Otra expresión que entraña un autoengaño retroproyectivo. Como es sabido, es la parte principal del último verso, insistentemente repetido al final de cada estrofa, de una de las rimas de Becquer. Alude a ella una reflexión de Ortega y Gasset que no nos resistimos a reproducir en su contexto: “Pero he aquí que al prójimo que me acompañaba le pasa de pronto algo muy extraño. Su cuerpo se queda inmóvil y rígido, como mineralizado. Me dirijo a él y no me responde. Responderme es el acto típico y esencial en que percibo que existo yo para el prójimo. Ahora ya no me responde: he dejado de existir para él; por tanto, ya no estoy en compañía con él. Y descubro, con un escalofrío, que con respecto a él me he quedado solo. El hecho de esta impresión, en que sentimos haberse volatilizado una compañía y que mi vida, de ser un convivir con otro, por tanto, un vivir más ancho, se retrae como en bajamar a ser un vivir sólo conmigo, un quedarme solo, es lo que llamamos la muerte. Pero este nombre, conste, es ya una teoría, una interpretación, una reacción ideativa nuestra al hecho no teórico, sino terriblemente indubitable de sentir una nueva soledad. La idea de la muerte que implica toda una biología, una psicología y una metafísica, nos explica, nos permite saber a qué atenernos con respecto a esa soledad que nos queda de una compañía en que estuvimos. Y por una trasposición muy frecuente en poesía, el poeta romántico dirá: *¡Qué solos se quedan los muertos!* ¡Como si fuera el muerto quien se queda solo de los vivientes, cuando el que se queda solo del muerto es precisamente el que se queda, el que sigue viviendo! La muerte es, por lo pronto, la soledad que queda de una compañía que hubo; como si dijéramos: de un fuego, la ceniza”¹⁴.

13. ADOLF HOLL, *Jesus in schlechter Gesellschaft* (Stuttgart 1971).

14. Cf. J. ORTEGA Y GASSET, *En torno a Galileo*. OC, t.V (Madrid 1951) 62-63.



Entiendo que es pertinente traer a colación la larga cita porque puede servir de ayuda, con ocasión de los humanos duelos que se hacen por aquéllos a quienes se consideran personas queridas, a detectar el límite, muy sutil y casi imperceptible, entre el llorar *a* quien se va, o llorar *por* sí mismo. Lo primero es decente: es hacer duelo por su marcha. Lo segundo -a mi modo de ver- no. De quien se va, el que sobrevive se queda solo. Cruzado ese límite que digo, en el dolerse ya no se llora a quien se ha ido, sino la propia soledad (cuya soledad vendría a ser una de las especies citadas más arriba -la del que ha perdido la compañía-, y que debería convertirse en estímulo para procurar otro reencuentro amistoso).

5.4. La soledad como arma: grave casuística del “prescindir...”

No raramente se usa la soledad como proyectil, como arma lesiva. Se pretende atacar y herir a los demás haciéndoles sentir soledad, lo cual es posible porque por su carácter transaccional, se le “hará sentir” soledad a alguien en la medida en que los demás se muestren solos respecto de él; es decir, si *lo* ausentan o ningunean. Vivir es, ante todo, por lo que acabamos de ver, “estar presente”; muerte es, más que cualquier otra cosa, “ausencia”. Convertir la presencia en ausencia es, en cierto modo, hacer morir, o sea, matar. ¿Qué decir del socorrido recurso al “hacer el vacío” a alguien, tan frecuente en comunidades dizque formadas en nombre del Evangelio? ¿Cómo entender entonces desde un punto de vista cristiano, que se pueda *aconsejar*, dentro de algún grupo religioso, cuando aparecen problemas, ya sea en la convivencia o ya sea en la resistencia a ceder al proselitismo, el *prescindir* de alguien, ignorarle, proceder *como si* no existiese? ¿Cómo interpretar que se pueda incluso hacer desaparecer de una fotografía, también en algún grupo religioso (como se hacía, por cierto, en la URSS en tiempos y bajo la férula de Stalin), a alguna persona que ha dejado la Institución, si no es bajo el efecto de un odio que intenta aniquilar?

A la luz de esta idea, con amplia aplicación, insisto, a situaciones frecuentes en estamentos religiosos, se hace muy inteligible aquello de 1 Jn 3, 15: «todo el que aborrece a su hermano es un asesino», incluso si “aborrecer” significa solamente “marginar”, “ignorar”, “prescindir de”. Y digo “solamente” siendo muy consciente de que, desde el estricto punto de vista rigurosamente psicológico y juzgando por los efectos, lo excesivo de la hipérbole afecta tan solo a “aborrecer”, como ya indicamos, pero en modo alguno a la denominación de “asesino” (se es literalmente eso: asesino). Algo percibía de esto quien se lamentaba desde la vida claustral y respecto a ella: «Vine buscando, sí, entre otras cosas soledad; pero no he encontrado más que aislamiento». Y no cabe decir, para excusar o atenuar el modo de proceder, que eso no ocurre porque sí, o que habrá sido ganado a pulso el llegar a esa situación, por estar implicado el toma y daca transaccional. O bien, sí cabe decirlo, pero ello no exime de responsabilidad, desde la mentalidad cristiana, a nadie: paciente o agente del padecimiento.



6. Suspicias eclesíásticas acerca de la amistad en la vida comunitaria

Hasta el comienzo de la edad moderna, entre las virtudes humanas más estimadas, tenidas en íntima relación con lo mejor del evangelio, se enumera la amistad, de la que la suprema forma como diremos más adelante es la caridad. Era, pues, un valor imprescindible.

Pero su valoración y vigencia se ha visto sometida a grandes fluctuaciones. Admitida la excelencia y el papel de la amistad cristiana en general, G. Vansteenberghé examina dos “circunstancias particulares” en las que puede nacer y cultivarse la amistad espiritual en sentido “especial”¹⁵: y se refiere a «las amistades particulares en los claustros», incluso entendidas en el sentido más noble de la palabra, y a «las amistades entre hombres y mujeres». Y señalará que respecto a la amistad se han dado dos opiniones muy opuestas: se la ha considerado, unas veces, como un auxiliar para la vida espiritual; y otras, como peligro y aun obstáculo para la perfección. Y ello porque las características y exigencias de la amistad, conllevan inconvenientes y riesgos.

Este autor, por lo demás, no se adhiere a la opinión de quienes vinculan esta diversidad en la valoración de la amistad a corrientes cronológicamente compartimentadas en la historia. Sí, en cambio, a la divergencia entre las condiciones de vida en los monasterios por razón del número de personas que conviven¹⁶. La situación de grandes números no constituye, como es patente en las circunstancias actuales, problema alguno.

Como término medio ambiental, y con algunas matizaciones que habría que hacer, es certero el juicio de Lippert, que en su *Briefe in ein Kloster* escribe: «En el convento todo queda rodeado por el recato y muy particularmente el amor. No hay que excederse en pensamientos y menos en manifestaciones incontroladas de los mismos; y con toda razón: la mutua consideración y aprecio exige que se adopte ante cada hermano una actitud de reserva y atención respetuosa. Así se forma esa temperatura peculiar que flota en los conventos. Es una temperatura exterior propia de las zonas templadas (...). Todos avanzan fríos e indiferentes en su camino y cada cual tiene que ver cómo se las arregla. No toman parte alguna en las alegrías, éxitos o cuidados de los demás. Y hay quien toma por virtud esa abstención, mejor diría, esa falta de corazón, que la tiene por una entrega total a Dios, por sublime elevación sobre las cosas humanas...»¹⁷.

15. Cf. Art. «Amitié», en *Dict. Spir.*, I, c. 521.

16. Vansteenberghé destaca la idea de santa Teresa, a quien parecía bien la existencia de esa amistad en conventos de muy numerosas religiosas, pero con otra exigencia para los conventos de la reforma (cf. TERESA DE JESÚS, *Las Fundaciones*, II, 1; I, 1; *Visita de descalzas*, 28; *Camino de perfección*, VI, 6-7).

17. Cf. *Briefe in ein Kloster* (München 1957), trad. esp. *Carta a un convento* (Barcelona 1959) 75.



Sí que podemos afirmar que la referencia siquiera sea aludida a la amistad, aunque no del todo ausente, no menudea en documentos de la Iglesia. Ese monumento a “la vida fraterna en caridad” que es *Congregavit nos in unum Christi amor*, se acerca, la ronda, zigzaguea en su entorno, casi la toca, pero no la cita ni una sola vez. Se propone como objetivo para los que viven en comunidad el “llegar a ser hermanos”. Pero, como diremos, la relación de fraternidad, e incluso la conyugal y la de filiación, según cierta perspectiva, son otra cosa, y se han visto como pasos para *llegar* a la amistad. O, lo que es lo mismo, la amistad como meta deseable para la relación fraternal, conyugal o filial.

Son muchas las alusiones a la amistad en documentos e intervenciones de Benedicto XVI, afirmando que en ella hay que entrar, que hay que alimentarla, comunicarla a los demás, que es el secreto de la santidad, que sólo en ella se experimenta lo que es bello y lo que libera, etc., pero, si no me pasado alguna excepción inadvertida, relativas siempre a la amistad con Cristo.

Reconocemos, pues, como *rarae aves* dos lugares (además del *Catecismo de la Iglesia Católica* nº 2347), uno de Pablo VI otro de Juan Pablo II, en los que se cita expresamente la amistad. El de Pablo VI, como remedio al mal de la secuela de los bloqueos afectivos:

“No cabe duda que el espíritu de grupo, las relaciones de *amistad*, la colaboración fraterna en un mismo apostolado, el apoyo mutuo (...), son otros tantos coeficientes preciosos en este camino cotidiano (ET 39).“

El de Juan Pablo II en *Novo millennio ineunte*, al describir la espiritualidad de comunión:

“Espiritualidad de comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una *verdadera y profunda amistad*. Espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento (TMI 43).“

Vuelvo un momento sobre *Evangelica testificatio*, precisamente en el lugar en que se describe, concisa pero exactamente, la situación de deterioro afectivo en la vida comunitaria. El texto latino es muy rico. En mi anterior estudio ponía la traducción al español, que me parece excesivamente suave,



edulcorada. Pretendiendo una expresión más enérgica, más fiel a la fuerza del interrogante oratorio de Pablo VI me he interesado por las traducciones a otros idiomas, y he combinado algunos vocablos, vertidos con algunas variantes. Éste podría ser el resultado:

“¿No es por *falta de amabilidad y amistad* por lo que verdaderamente algunos religiosos salta a la vista que están oprimidos por su vida de Comunidad, la cual, muy al contrario, debió hacerlos crecer y desarrollarse? (ET 39)¹⁸.”

Sobre este asunto y como situación de hecho, encontramos que una recentísima denuncia acerca de una institución eclesial, subraya «la desconfianza enfermiza *hacia* sus miembros y *entre* sus miembros, para lo cual se *provoca la delación*, solapada bajo la costumbre cristiana de la corrección fraterna», y «la *imposibilidad de establecer amistades* como forma de la conducta natural de todo ser humano que vive en sociedad».

Podría figurar en el puesto más antagónico a toda reticencia esta sentencia de Elredo de Rievaulx, un clásico cristiano acerca de la amistad: «La amistad es un paso hacia la perfección que consiste en el amor y el conocimiento de Dios; de modo que el hombre, cuando es amigo del hombre, se hace amigo de Dios»¹⁹.

7. Sobre las “amistades particulares”

7.1 Fórmula plenamente desafortunada

Algo habría, pienso, de intolerables hurto y escamoteo en nuestra reflexión, hecha a estas alturas de la historia, si no incluyésemos un parágrafo como el presente. Pienso que, de la noción entrecomillada, lo más infeliz y de más funestas consecuencias reside en el propio nombre resultante. Se yuxtaponen en él, para denominar algo equívoco y sospechoso (y, en el extremo, vitando y desordenado) dos conceptos que se requieren mutuamente si se atienden al propio significado inmediato. De “amistad” («afecto personal, puro y desinteresado, ordinariamente recíproco, que nace y se fortalece con el trato»), afirmar que es “personal” («singular o individual, como contrapuesto a universal o general») es obvio y redundante, ya que es la acepción que

18. Como digo, partiendo del texto latino y de sus diversas versiones, y destacando preferentemente las expresiones en las que reside, si no me equivoco, la intención global de la frase, he tomado: del alemán, “liegt es nicht am Mangel an Güte und Freundlichkeit”, “gewisse”, “offensichtlich”; del inglés, “ought instead to have made them expand and develop”; del latín, la incomparable “oppressi esse videantur”. (Sólo en la traducción alemana que he usado -y si no hay error en el texto- no aparece la referencia a la esperanza). Ver *La construcción...* 151-152.

19. Quidam gradus est amicitia vicinus perfectioni quae in Dei dilectione et cognitione consistit, ut homo ex amico hominis Dei efficiatur amicus: AELREDUS, *De amicitia* 1, 5: PL 40, 835. Ver, sobre san Elredo, ALEJANDRO MASOLIVER, «El *De spiritali amicitia* de san Elredo: de las “amistades particulares” a la *filia* santa y el *agape*», en *Studia Monastica* 44 (2002) 373-390.



inmediatamente conviene al adjetivo, por razón de la “individualidad”, idea-bisagra, presente en ambas nociones. La amistad, puesto que es una relación interpersonal, en sentido propio *tiene que ser particular, no puede no serlo*. Insisto: en sentido propio, no en el que -para darle nombre, como desviación- se suele emplear. Una persona podrá tener muchos amigos, y muchos amigos pueden también serlo entre sí; pero *cada uno* lo es de *cada uno de los demás* de un modo estrictamente particular, personal, único y singular. (Hablo de “amigos”, no de “conocidos”, “compañeros”, “colegas”, “camaradas”, “cohabitantes”, etc.). Aquí la demostración pasa -inexcusablemente- por la experiencia. Si alguien, para convencerse, necesita prueba más acreditativa, es que carece de aquélla, en cuyo caso es casi seguro que estará cerrada toda vía de éxito para llegar a tal convicción.

La secuela ha sido que, presentada y entendida la “amistad particular” con este nombre y con las connotaciones negativas clásicas, evitarla equivalía a impedir la amistad sin más; toda amistad. Cosa que, lamentablemente, no rara vez ha sucedido. O, en casos menos graves, a vivirla con una oscura conciencia de estar rozando lo indebido, si no incurso en ello. Una cautela, ideada a modo de valladar entre persona y persona para evitar la familiaridad en instituciones religiosas, o, como en alguna ocasión se ha dicho “para mantener el respeto debido” (!) fue, hasta no hace mucho tiempo, imponer que el tratamiento mutuo fuera el *usted*, cuando no alguno otro más o menos píamente sofisticado. Peligroso camino por el que, en algunos noviciados, incluso se llegó a la aberración de anular el más elemental trato mutuo entre hermanos de sangre. Tal ocurría cuando los afectados por la exigencia del tratamiento preceptuado, querían evitar el dejar la norma incumplida, por una parte, experimentando, por otra, como insuperable la dificultad de dirigirse a su hermano o hermana fuera del tuteo²⁰.

Y algo habría también de esguince forzado y descoyuntante, si no dijésemos una palabra en relación con este tema, sobre una situación verificable y crecientemente preocupante en nuestro mundo. Es éste un asunto en el que, como acontece frecuentemente con todos aquellos que pueden dar algún pie para mezclar y criticar, enturbiándolo, lo cristiano, se han inmiscuido determinadas corrientes. Ha ocurrido con el mártir san Sebastián y está ocurriendo con el cisterciense san Elredo. Uno y otro reivindicados para sí por ciertos grupos de tendencia homosexual²¹.

20. No es mera hipótesis. He conocido algún caso, en dos hermanas ingresadas simultáneamente en la misma Congregación.

21. La representación del primer martirio (el de las flechas) de san Sebastián (el soldado del ejército romano al que el emperador Diocleciano llegó a nombrar jefe de la primera cohorte de la guardia pretoriana imperial), se ha prestado a numerosos desnudos o semidesnudos (entre otros, los de Durero, Perugino, El Greco, Reni, Bernini, Rubens... Wojnarowicz), lo que ha fundamentado en tiempos recientes un cierto interés por la figura de Sebastián por los citados grupos [ver OTHMAR RAHM-KÖLLING, *Sebastian, oder, Der Pfeil fliegt noch immer* (Hamburgo 1989) 19 y 37]. Incluso, de modo semejante a como en la Edad Media, por haberse curado de las flechas, se le eligió como patrono contra la peste (‘el mal que llega volando’), se interpreta ahora su protección contra la infección por el virus del Sida.



En el campo más cercano al de la amistad, el protagonismo de esta índole corresponde al ya citado san Elredo de Rievaulx. En verdad, el capítulo 34 del Lib. III de su *Speculum charitatis*²² no tiene nada que envidiar a los cc. 4 a 8 del Lib. IV de la *Confesiones* de san Agustín inspirados por la muerte de aquel su amigo, que le hizo exclamar *factus eram ipse mihi magna quaestio*²³, y que también han cimentado la desbocada conjetura de un Agustín homosexual. Los vibrantes threnos del cisterciense acerca de sus sentimientos, minuciosamente descritos en sus múltiples y más sutiles aspectos, dan idea de lo que significó para él la muerte del joven monje Simón²⁴.

7. 2. Las difíciles situaciones “condicionadas”, en la vida comunitaria

Incluimos este segundo subepígrafe que conviene con el primero en la necesidad de ser reconocido y, si fuere posible, encarado y resuelto en el ámbito de nuestro tema. «Un venerable Padre nos musitaba, *mezza voce*, como quien teme decir una verdad en voz alta: “Probablemente no se hubiera ido *si* hubiese sido un poco más querido”». Era el comentario que el anciano hacía a renglón seguido de la dolorosa marcha de un hermano en una comunidad de dominicos. A quien narra el suceso, muy joven a la sazón, dicho comentario le

22. PL 195, 539-546. Dirá de esta obra Joseph Dubois: «No fue simplemente por obediencia por lo que tomó la pluma, ni únicamente pensando en los novicios que tenía a su cargo. Buscaba ver claro en su propio corazón y, como un nuevo Agustín, se dedicó a “confesarse”» [Cf. *Introduction* a AELRED DE RIEVAULX, *L'amitié spirituelle* (Bruges-Paris 1948) XXIII]. Por su parte PAUL GROSJEAN, en relación con la canonización de Elredo por Celestino III, citando a Dubois dice que «laisse planer un doute» (p. 124), y él mismo niega que haya alusión alguna a tal canonización en el capítulo general de Citeux, en 1476, cuando se fija su culto, y cuando solamente se alegan a favor motivos que suponen un culto ya antiguo. Cf. «La prétendue canonisation d'Aelred de Rievaulx par Célestin III», en *Analecta Bollandiana* 78 (1960) 128. Niega también tal canonización por el papa Celestino, HENRI TRIBOUT DE MOREMBERT, art. «Aelredo de Rievaulx, santo», en *Dizionario degli istituti di perfezione* I (Roma 1974) c. 127. Clemente XI concedió el culto a san Elredo en 1701.

23. *Conf.* IV, 4, 9. El prólogo de Elredo sigue de cerca el modelo de san Agustín tanto en el vocabulario como en el modo de vida descrito, y que recuerda el Agustín de las *Confesiones* en su adolescencia: ver JAMES MCEVOY, «Notes on the Prologue of St. Aelred of Rievaulx's *De spirituali amicitia*, with a Translation», en *Traditio* 37 (1981) 397-411.

24. Digamos, a este propósito, que van proliferando por diversos lugares, asociaciones católicas bajo el nombre de san Elredo (algunas dirán 'el abad gay san Elredo de Rievaulx'), como “Dignity” [Patrick Nidorf O.S.A. (1969)], “New Ways Ministry” [Robert Nugent S.D.S. y Sr. Jeannine Gramick S.S.N.D. (1977)], “Courage” [John Harvey O.S.F.S. (1980)], etc; opiniones y actitudes pastorales de obispos, como Jacques Gaillot (en Francia), Thomas Gumbleton y Walter Sullivan (en EE.UU.), Raúl Vera O.P (en México), etc.; a través de sus conferencias católicas respectivas, obispos en Florida, Maine, Michigan, Oregon y Washington, etc.: a todos -grupos o personas- es común una postura más abierta que la católica estrictamente oficial, y la oposición a proyectos de ley discriminatorios apoyando la legislación pro derechos de los homosexuales.

Lamentablemente, no estoy seguro de que a un joven lector actual las palabras de Agustín (o, en su caso, de Elredo) en los lugares citados le sugieran exactamente las mismas ideas que a los comentaristas que siguen: Angel C. Vega «Todos estos capítulos son de un lirismo tan profundo y delicado, que mucho dudamos haya en toda la literatura moderna una página que se le pueda igualar. En ellas aparece el alma efusiva, tiernísima y vibrátil del gran obispo africano, que late en todas sus obras y que tantas simpatías le ha conquistado a través de los siglos» [*Obras de san Agustín, II Confesiones* (Madrid 1946) 465, n. 33]; Pedro Laín Entralgo, «No sé si en toda la literatura universal hay un párrafo en que de manera tan encendida y plástica sea descrito el dolor por la muerte del amigo» [*Sobre la amistad* (Madrid 1972) 67].



parecía de contenido imposible, y se decía: “¿Profesionales del Evangelio y no han sido capaces de rodear de amor a su hermano?”²⁵.

Dejemos el tema ahí; pero añado sólo una palabra, avalada, a mi modo de ver, en la experiencia. Cuando la perseverancia en una vocación está condicionada a influjos ambientales de la comunidad un tanto especiales, con un nivel de exigencia algo mayor del normal, va a ser muy difícil que las cosas acaben bien. Y esto, por más que la condición no parezca requerir cosa alguna notablemente excepcional. Somos así. Se trata de cierta “tacañería de amistad”, según atinada expresión²⁶, en virtud de la cual los humanos solemos esperar que los demás mueran para hacerles la ofrenda de unas flores, mientras les negamos *ahora* una palabra, una mirada, una sonrisa; el gesto, en suma, que pueda hacer comprender que les necesitamos. He encontrado recientemente un sencillo, delicado, y, en mi opinión, exacto modo de expresar esto, supongo que en estricta aunque no explicitada relación con la vida comunitaria: «Hay carencia de “hola”: hay quien no lo dice. Hay quien no lo dice debiendo decirlo, y eso tiene un efecto demoledor en la afectividad: una acumulación de “hola-s” no dichos, es causa, no sólo de desencantos pasajeros, sino de trastornos que cristalizan en desamor asesino; y vaya usted a saber cuántas ansiedades de este tipo no habrán generado infartos, y cuántas tensiones no habrán acabado en derrames cerebrales...»²⁷

8. Consistencia²⁸ de la amistad

Manifestum est quod caritas amicitia quaedam est hominis ad Deum (2-2,23,1). Pretendo, al comenzar este párrafo con la rotunda afirmación de santo Tomás, el doble efecto de ayudarme para expresar qué cosa sea la amistad, y subrayar de antemano la que es cúspide entre las múltiples cimas que de ella han tratado²⁹.

¿Quién no conoce o no cree conocer lo que es la amistad? Un sentimiento tan general, una noción tan humana, cualquiera podría decir lo que es. Lo que se puede descubrir en Tomás, es que, si se desconoce la amistad,

25. Cf. M.-A. LASSUS, OP, «Le banquet de l' amour», en VS 126 (1972) 434.

26. Empleada por el patriarca Atenágoras en diálogo con Oliver Clément. Cf. LASSUS, «Le banquet...», p. 439-440.

27. MIGUEL IRIBERTEGUI, *Papeles de Tambopata V/ 22-2* (inédito, Puerto Maldonado -Perú- 2002).

28. De «consistir», M. MOLINER 2: «Se emplea en lugar de “ser” para enlazar la designación de una cosa con una descripción de ella suficiente para saber lo que es».

29. Adjuntemos, por su indudable fuerza, el final del libro I de *De spiritali amicitia* de Elredo, Estas son las últimas frases del diálogo del monje con Ivo, su interlocutor: «Ivo: ¿Entonces qué? ¿Podré decir de la amistad lo que el amigo de Jesús, Juan, refiere acerca de la caridad: “Dios es amistad”? Elredo: Sin duda la expresión es inusitada, y no está fundada en la Escritura. Pero no dudo en aplicar a la amistad lo que se dice de la caridad, a saber: “El que permanece en la amistad, permanece en Dios y Dios en él!”»



ya será problemático [en contraste con lo que decíamos más arriba (§ 2)] conocer qué es la caridad, al menos en toda su riqueza, pues una de sus formas es la propia amistad, según él. Los que tratan de la amistad suelen ofrecer, para lograr definirla o -al menos- describirla, un más o menos largo recorrido por la historia de tan rico sentimiento en filósofos, teólogos, literatos, etc.. En un lugar clásico, como lo es el *De amicitia* de Cicerón, el gran orador expresó como nadie la dulzura de ese «sol de la vida», al que considera, «con la única excepción de la sabiduría, el mejor don recibido de los dioses». Quizá todo lo que se dice de ella, a todo sujeto humano le es en cierta medida connatural y familiar. Alguna, ha acontecido alguna vez en su vida. Por eso se hacen fácilmente aseguibles y aceptables para todos sus características.

Considerada desde ellas, la amistad es atracción, es afección, es recíproca (acogida y respuesta), es unión espiritual, es vínculo desinteresado, es fusión de almas, o como dirá san Agustín, «un alma en dos cuerpos»³⁰. Pero exige tanto esta forma de amor, que no se puede amedrentar a nadie con ella como obligación³¹. Curiosamente, no es ella un deber, aunque los impone. Sobre todo el de la fidelidad.

Permítaseme una digresión. De “sublimación”, además del uso en psicología para denominar el mecanismo de defensa que desexualiza el objeto pulsional, creo de alcance más amplio y de valor más universal (capaz, por tanto, de revertir de nuevo sobre la propia psicología y de llegar hasta la mística) el sentido que tiene en física, como equivalente a volatilización, o sea el cambio de estado físico de sólido a gas. Es decir, un entramado molecular más abierto, separado, sutil, más etéreo, menos “material”... En la vida cristiana, la caridad puede sublimarse, y se sublima de hecho, muchas veces en este sentido: pasando de sólido a gas, evaporándose. ¡Cuántos subterfugios, pseudorazones, mecanismos de defensa, disculpas, pretextos... para no *pensar, decir, y sobre todo hacer* el bien! (que es en lo que consiste el amor cristiano). Y tratándose de la caridad, no lo olvidemos, todo lo que la sublima en este sentido, es un sublimado corrosivo (y, aunque juego aquí con las palabras que lo denominan, ni de lejos pienso ahora en el cloruro mercúrico; lo que esta sublimación corroe es la vida espiritual entera). Como se puede sublimar la noción y el nombre de Dios, tantas veces usado en vano. Es así como pasa a ser idea y tema “restante”, de relleno, del que se habla...precisamente cuando no hay otra cosa de la que hablar³². Ese es también el Dios sublimado,

30. Cf. *Confess.* 1.4, c.6.

31. Así lo expresa C. S. LEWIS en *The four loves*: “friendship is the least instinctive, or biological, and unnecessary from simply a survival basis”.

32. Aunque un poco larga, no quiero dejar sin hacer una referencia a A. HUXLEY en su *Contrapunto*, en el lugar donde se hace un comentario con esta misma idea de fondo: «El quinto Marqués y su hermano cambiaban argumentos sobre Dios. Pasó el tiempo. Se hallaban todavía hablando de Dios, cuando, media hora más tarde, Philip y Elinor, que habían dado su paseo vespertino en el parque, salieron del bosque de hayas y aparecieron inesperadamente junto a la silla de inválido del marqués.

-¡Pobres viejos! -empezó Philip cuando aquéllos se hallaron fuera del alcanve de su voz-. ¿De qué otra cosa pueden hablar? Son demasiado viejos para hablar de amor; demasiado viejos y demasiado buenos. Demasiado ricos para hablar de dinero. Demasiado arrogantes para hablar de la gente, y demasiado ermitaños para conocer gente de la que hablar. Harto tímidos para hablar de sí mismos; demasiado -totalmente- faltos de experiencia para comentar la vida ni aun la literatura. ¿Qué les queda a los pobres infelices como tema de conversación? Nada... salvo Dios ».



volatilizado. «Dios mío y todas mis cosas», decía, por el contrario, Francisco. No fuera o al margen de ellas, sino con, en [y, dice él] “todas mis cosas. Todas las cosas, cualquier cosa... y Dios”. Este es el Dios encarnado, “materializado”, inmanentizado, el único que es directamente tocado, concernido, *citado*, precisamente cuando se habla de amor, de dinero y sus problemas, de la gente... etc. El que es, sobre todo, amado, *siempre que -e*, inequívocamente, *sólo cuando-* se ama a los demás.

Uno de los no pocos casos notables de amistad en la tradición de la Orden es el de Jordán de Sajonia, por la intimidad que mantuvo con Diana de Andalò³³.

9. Soledad versus amistad en la vida comunitaria

9.1. Del “contra” al “hacia”, de versus

Doy, ahora, la vuelta a nuestro título. Como si dijera: *desde* la soledad *hacia* (versus) la amistad en la vida comunitaria. Aludo, pues, a lo dicho más arriba³⁴, y me adhiero aquí al otro uso de *versus*, más genuinamente latino y del todo distinto al del significado en la jurisprudencia inglesa. Contemplamos la *marcha desde la soledad hacia la amistad*, como remedio que la amistad puede poner al mal de la soledad en la vida comunitaria³⁵.

En un magnífico capítulo sobre la *Ascética de la amistad*³⁶, propone Laín la amistad como meta de varios términos: *a quo*: proximidad, camaradería, simpatía, enamoramiento, trabajo en común, aversión, vinculación familiar (sea ésta conyugal, paternofamiliar o fraternal), o incomunicación. Todas esas situaciones son posibles puntos de partida o estaciones intermedias en la vida de relación, con sede, por tanto, en un plano inicial o medio desde el que se marcha en dirección a la amistad como final apetecible.

Una de las ventajas inherentes a la afirmación de que la amistad verdadera *exige* estar constantemente naciendo (= o sea, renaciendo sin cesar) por muy cronológicamente vieja que sea, es que ello equivale a reconocer que cualquier momento es bueno también para poderla iniciar. O, lo que es lo mismo, que las condiciones para *conservar* la amistad, lo son también para que *surja* donde todavía no la ha habido. (Y también para *cultivarla*). Serían éstas:

33. Cf. GERALD VANN, *To Heaven with Diana! A study of Jordan of Saxony and Diana of Andalò with a translation of the letters of Jordan* (London 1960).

34. *Supra*, p. n.5.

35. Remito, una vea más, a *La construcción...*, en su p. 155.

36. P. LAÍN ENTRALGO,, c. VI. de *Sobre la amistad...* pp. 331-361.



respeto, autenticidad, generosidad, agudeza afectiva, imaginación, apertura. Las describo brevemente.

Respeto, significa aquí aceptar, permitir y ayudar al amigo en su propio ser único, ayudándole a entender que su intimidad, responsabilidad y libertad son solamente suyas. Formular, por tanto, los consejos con tacto, como sencilla enunciación de un deseo. *Autenticidad*, de ninguna manera anulada por el respeto, como tampoco éste pateado por aquélla. El amigo sabe que su amigo la dirá lo que tenga que decirle, sabe “que es de fiar”. *Generosidad* espontánea, normal, ni retraída ni ostentosa. *Agudeza afectiva*, para percibir en el amigo la jerarquía entre las preferencias por las mil cosas sujetas a gustos personales, lo que conlleva la capacidad de encajar alguna discrepancia y la consiguiente decepción, sin dramatizar. *Imaginación*, o sea, en lo posible, incluso adelantarse a conveniencias y deseos del amigo. *Apertura*, es decir que el retener la amistad su particularidad en el sentido más arriba explicado (§ 7, 1), no obste el proponerse conseguir bienes de los que también otros puedan participar.

También aquí, como siempre y en todo, la apelación a la verdad tiene acento solemne. Quiere decirse que parte integrante de esa *autenticidad* citada es la *confianza*, que incluye la *confidencia*. Aunque, como he dicho antes, nunca se llegará a penetrar lo más íntimo de otro, san Agustín llama la atención sobre el hecho de que «nadie puede ser en verdad conocido, sino mediante la amistad». Y cuando le preguntaban cuándo se podía llamar amigo a alguien, ésta era su respuesta: «Podemos considerar a otro como amigo, si nos atrevemos a abrirle todo nuestro interior». Hay dos hermosos lugares de Tomás donde, de algún modo, razona esto. «No sólo es propio de la amistad que el amigo revele al amigo sus secretos por la unidad del afecto, sino que la misma unidad requiere que comunique al amigo cuanto le afecta; pues dado que el hombre tiene al amigo como otro yo, es preciso que le atienda como a sí mismo, comunicándole sus cosas»³⁷.

Y también: «El verdadero signo de la amistad tiene lugar cuando el amigo revela a su amigo los secretos de su corazón. Porque como los amigos no tienen más que un solo corazón y una sola alma, no sale del corazón lo que se revela al amigo...»³⁸.

9.2. De la experiencia a la nomenclatura

Citábamos antes (§ 6) *Congregavit nos in unum Christi amor*³⁹, sobre la Vida Fraterna en Comunidad, de la que la segunda parte tiene como título: “La

37. *Cont. Gent.* 1.4, c.21, n.5.

38. *In Joan XV*, lect. 3.

39. *Congregatio pro Institutis vitae consecratae et Societatibus vitae apostolicae*, Instr. *Congregavit nos in unum Christi amor* (2 Februarii 1994).



Comunidad religiosa, lugar donde se llega a ser hermanos”, es decir, se hace de la fraternidad un termino *ad quem*.

Aunque, en general, el parentesco natural se haya visto como fundamento real de la amistad, nadie niega, dada la fuerza de la experiencia, la superioridad ética del vínculo amistoso sobre el de la familia. A pesar de la tantas veces denominada como discutible “fuerza de la sangre”, es indudable que el amigo puede ser para cualquier humano bastante más que el hermano. Como es también patente, por lo demás, que entre hermanos puede haber, y no es ni mucho menos insólita, frontal enemistad. Es decir, no es excesivo proponer que sea considerada la amistad como vínculo incluso superior al de la fraternidad, y muy conveniente para que ésta sea verdaderamente bien llevada. Incluso existiendo cariño fraternal no es fácil la amistad. Más aún, entre hermanos, cierta rivalidad existencial (¡los traumas infantiles del nuevo hermano!) y la separación de los itinerarios vitales respectivos que generalmente en la edad adulta se dan, se constituyen en obstáculos para ella.

Pedagogo, hermano, padre, madre... amigo: éste sería un buen proceso creciente como respuesta al afecto que exige en el evangelizador la evangelización⁴⁰, a la que nos debemos en razón de nuestra misión, y que implica, entre otras cosas, «animar sin cesar a la comunidad reunida en torno a Cristo siguiendo la línea de su vocación más íntima»⁴¹. Nosotros lo podemos entender en relación con la Iglesia en su totalidad, o en relación con nuestras propias comunidades dominicanas, de forma más particular.

10. Final

Por lo ya expuesto la amistad no se puede mandar. Ni despótica ni políticamente, ni -supuesta la alteridad- uno a otro, ni uno a sí mismo. Nos movemos en el terreno de las afinidades electivas, del corazón y sus enigmáticas razones (¡precisamente *para* la razón!). Pienso que no es mala idea aconsejar una lectura cuidadosa, reposada, de *El Principito*, de Saint-Exupéry. ¿No ensaya este autor una cierta técnica para el difícil aprendizaje del *apprivoiser*⁴²? Me ha llamado la atención que ese “domesticar” parece referido justamente a las fieras, que requieren ser previamente “amansadas”. Todo un reconocimiento de la agresividad como sólidamente arraigada en el ser humano.

40. Las cuatro primeras fases, enumeradas en *Evangelii nuntiandi*, 79. La quinta, añadida en virtud de esta reflexión.

41. Cf. EN 68 d.

42. Veamos lo que vendría a ser la introducción: «-Sólo se conocen bien las cosas que se domestican -dijo el zorro-. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Lo compran todo hecho en las tiendas. Y como no hay tiendas donde vendan amigos, los hombres no tienen ya amigos. ¡Si quieres un amigo, domesticame!».



La Orden, partícipe al fin y al cabo por razones obvias de las reticencias eclesiásticas citadas (§ 6), tampoco se excede en hablar de la amistad, a pesar de la gran extensión y riqueza de los textos capitulares que tratan profusamente de la vida comunitaria. No obstante, desde el último decenio un poco holgado, he podido recoger las siguientes referencias encomiásticas:

Reconocimiento de pasado:

“...recuperar la riqueza de nuestra tradición mística y recoger las enseñanzas que nos ofrece nuestra historia en cuanto a las *amistades vividas por grandes figuras* de la Orden” (CC 42d)⁴³

“Nos sentimos orgullosos del *valor inestimable que la amistad* ha aportado y todavía puede aportar a la Orden. Donde se consiga la amistad, debería ser *valorada como el acompañamiento fraternal más completo e intenso*” (CB 122-5)

Un recuerdo a la doctrina:

“Sólo la práctica de la virtud de la caridad -que para santo Tomás es una *forma de amistad*- nos ayudará en último término a superar...” (CBA 171)

Parénesis:

“En la vida de comunidad se expresa, acrecienta y expande el equilibrio afectivo de los frailes. La celebración de la liturgia, los intercambios cordiales, la mesa común, el silencio compartido, los gestos de delicadeza y respeto, las fiestas celebradas gozosamente, las *relaciones de amistad*, son otros tantos elementos de equilibrio y armonía...” (CM 234)

“... *subrayar el papel de la amistad*, su importancia, pero también los límites que debe imponerse tanto en la vida personal como en la comunitaria” (CC 42 (2)).

Constatación de hecho:

“Enfrentamos los mismos desafíos de búsqueda de equilibrio en nuestras relaciones interpersonales, en las que descubrimos cercanía y *cultivamos la amistad*, aun sabiendo que ningún ser humano podrá nunca responder a todas nuestras necesidades. (CBA 182).

Imperativo:

“...hemos de *abrirnos a la amistad*” (CP 264-4)⁴⁴

43. En estos textos indicamos con la primera letra C, Capítulo General; y con la segunda, M: México (1992); C: Caleruega (1995); B: Bolonia (1998); P: Providence (2001) CR: Cracovia (2004); BA: Bogotá (2007)

44. Que, inevitablemente, me trae la memoria del teresiano «todas han de ser amigas», al referirse a las monjas en las comunidades nacidas de la reforma (y sólo me refiero a lo rotundo del mandato, puesto que allí el propósito es otro): *Camino de perfección*, VI, 6-7.



También merece la pena reflexionar todo esto. No es un mal paso inicial, para ponerse en camino hacia ella, tener sólidas convicciones respecto a la amistad.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, CMF, SEVERINO M^a, «La vida religiosa es una amistad», en *La utopía de la vida religiosa* (Madrid 1985) 167-186.

DE GUIDE, S., art. «Amistad y amor», en *Diccionario Teológico Interdisciplinar* (Salamanca 1982) I, 370-399.

LAÍN ENTRALGO, P., *Sobre la amistad* (Madrid 1972)

VANSTEEBERGHE, G., art. «Amité», en *DS*, cc. 500-529.

VIÑAS, OSA, TEÓFILO, *La amistad en la Vida Religiosa* (Madrid 1982)

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Puedes tipificar la forma de soledad que verifiques como la más fecunda, en tu vida?

2. ¿Cómo crees que podría concretarse un modo de relación interpersonal que dinamizase la vida comunitaria?

3. ¿Puedes aportar alguna experiencia de amistad *intentada*, que haya sido *lograda*?